

Entre la distopía y la utopía

Francisco Proaño Arandi

* Embajador (s.p.), escritor, Miembro de número y Secretario de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Francisco Proaño Arandi

Florenza, 1348. La ciudad donde empiezan a evidenciarse los primeros indicios del Renacimiento, enfrenta la llegada de la peste negra con su secuela de terror y de muerte, una pandemia que asolaría por más de cinco años el continente europeo. Un año atrás y a bordo de varias naves genovesas procedentes del Medio Oriente, el flagelo había arribado a las riberas europeas del Mediterráneo, empezando un implacable cegamiento de millones de vidas. Cegamiento se dice, como en los campos de trigo, puesto que la guadaña se convertirá desde entonces en uno de los atributos visibles de esa deidad conocida como la Muerte, y Florenza será entre las ciudades la más castigada.

Intuitivamente, sin conocer las causas de la terrible enfermedad, las gentes buscan alejarse y aislarse, aunque en una mayoría de casos sin salvación posible. Huyendo del inminente contagio, un grupo de diez jóvenes –tres varones y siete mujeres– del estamento más culto y pudiente de la ciudad decide encerrarse por un lapso de diez días

Intuitivamente, sin conocer las causas de la terrible enfermedad, las gentes buscan alejarse y aislarse, aunque en una mayoría de casos sin salvación posible.

en una quinta cercana. Ese encierro no será en vano. En el curso de cada jornada, bajo la dirección de uno de ellos, los jóvenes deberán contar un relato. Siendo diez los contertulios, el resultado abarcará cien historias, narradas en una prosa incomparable e innovadora por el genial autor de esta obra de ficción, Giovanni Boccaccio. Se trata de «El Decamerón», obra cumbre de la literatura universal.

Boccaccio, en sus diversos libros, pero especialmente con «El Decamerón», deja atrás las tradiciones literarias de la Edad Media, centradas hasta entonces en una visión de trascendencia, religiosa y teológica. En esa obra, el narrador y erudito florentino expresa una época en que, entre otras causas, por el fortalecimiento de

la burguesía urbana y emprendedora, el gusto literario se volvía hacia la realidad y, dentro de esta, hacia el ser humano, con sus debilidades y conflictos cotidianos. Boccaccio, exponente cabal de su tiempo, se ríe más bien del espíritu de la Edad Media y desnuda en sus cuentos una realidad digna de mofa y sarcasmo. En atroz coincidencia, la peste negra llegaba a Europa como para poner en entredicho los paradigmas vigentes hasta entonces. En los espíritus más lúcidos y más allá de la tragedia, nacía una nueva conciencia, la intuición de un mundo distinto.

La sociedad europea experimentaba, en aquellos momentos, profundos cambios estructurales, económicos y sociales. Una burguesía pujante alcanzaba una posición protagónica en las decisiones políticas y económicas; pero ese protagonismo acarrea una aguda lucha de clases entre quienes detentaban el poder económico y una población proletarizada, empobrecida. La peste radicalizaría esas contradicciones. En la propia Florencia, en las décadas inmediatamente posteriores a la finalización de la peste se viviría un intenso período de revueltas. Al mismo tiempo, se iría gestando una transformación en el imaginario colectivo y, concomitantemente, en los contenidos del arte y la literatura. Un motivo recurrente sobrevendría en la constatación de que la muerte llegaba por igual a todos sin distinción de clase: señores, reyes, prelados, vagabundos y pobres.

La Parca, investida de su aterradora simbología en grabados y lienzos, devendría a partir de entonces en un personaje casi cotidiano: en la poesía, en los cantares populares, en las llamadas «danzas macabras», en el arte. Grandes pintores

no dejarían de retratarla en cuadros memorables.

A casi setecientos años de esos acontecimientos, la pandemia del Covid-19, que propiamente cobra fuerza a principios del 2020 y aún no parece haber terminado –pese a los anuncios oficiales–, sobrevino impensable, no prevista, llena de inquietantes semejanzas, si bien con dos diferencias fundamentales: por un lado, el hecho de haberse producido, la actual peste, en la era de la globalización y de los modernos medios de comunicación, lo que derivó en una pandemia de caracteres universales; por otro, la posibilidad de que, al contrario de lo sucedido con la peste negra, la del Covid-19 ha sido atenuada y superada en menos tiempo, gracias a los adelantos de la ciencia y la técnica, algo desconocido en aquellos años culminantes de la Edad Media.

Sin embargo, las similitudes parecen ser más que las diferencias. Por ejemplo, al igual que en el siglo XIV, el expediente más socorrido para evitar el contagio ha sido el aislamiento, el distanciamiento, la mascarilla, el miedo. De manera similar a quienes vivieron la peste negra, la actual pandemia nos ha hecho ver de cerca –sembrando un paréntesis en la llamada sociedad del espectáculo– el macabro trabajo de la muerte ejerciéndose sin distinción de clases ni protagonismos: la muerte es igualitaria y su vecindad, su llegada a cualquiera de nosotros, nos obliga a pensar en la precariedad de lo que somos, vivamos en la época de la revolución científico-técnica o en las postrimerías de la mal llamada edad oscura.

A la par, pareciera que el advenimiento de la pandemia nos ha obligado a intuir, sin

De manera similar a quienes vivieron la peste negra, la actual pandemia nos ha hecho ver de cerca –sembrando un paréntesis en la llamada sociedad del espectáculo– el macabro trabajo de la muerte ejerciéndose sin distinción de clases ni protagonismos: la muerte es igualitaria y su vecindad, su llegada a cualquiera de nosotros, nos obliga a pensar en la precariedad de lo que somos, vivamos en la época de la revolución científico-técnica o en las postrimerías de la mal llamada edad oscura.

certeza, que posiblemente estamos viviendo el final de una época y la llegada de un nuevo tiempo, aún impredecible. Históricamente, el ser humano no suele darse cuenta de que vive profundos cambios, aun en el caso de tratarse de años de transición seguramente claves: el Renacimiento, la Revolución Industrial, etc.

Cuando la peste negra, la misma experiencia de la muerte, cercana e ineludible, traía como consecuencia un sentimiento de aferrarse a la vida y, no pocas veces, la urgencia de perderse en un torbellino absurdamente vital para un momento de tan cruda crisis: de allí la danza, la orgía, la necesidad de salir de fiesta y aglomerarse, desafiando el peligro. En el curso de la pandemia actual lo hemos visto: el hecho, casi suicida, de participar en grandes conglomerados festivos, donde, sin duda, anidan –o anidaban– el contagio y la pesadilla. Un comportamiento que a lo largo de la

historia ha sido dable observar también en episodios de guerra y otras catástrofes.

«La armada Brancaleone», película de 1966 de Mario Monicelli, que tuvo como protagonista principal a Vittorio Gassman, abordó, en tono de comedia, esas curiosas actitudes del ser humano ante tragedias tan desmesuradas como la peste negra y la guerra. La trama del filme transcurre precisamente en la Italia medieval de aquellos años y se trata, es indudable, de una gran obra del cine.

Hay muchas otras coincidencias entre lo sucedido cuando la peste del siglo catorce y durante la pandemia del 2020-2021. Frente a lo inexplicable del flagelo, no dejaron de aparecer interpretaciones de lo más antojadizas, parecidas, en su génesis y posibles intenciones a las actuales teorías de la conspiración. Miembros de la facultad de Medicina de París difundían la tesis de que la causa radicaba en la conjunción de tres astros: Saturno, Júpiter y Marte, observable entonces. No faltaban quienes lo explicaban como un castigo de Dios o por la proximidad del Juicio Final, un presentimiento vigente por mucho tiempo a lo largo de la Edad Media. Algunos lo atribuían al paso de algún cometa en la cercanía de la Tierra, entonces aún concebida como el centro del universo. En «La armada Brancaleone» el grito de guerra de los cruzados *¡Dios lo quiere!* deriva en un pronunciamiento de resignación ante lo inevitable e inexplicable: la muerte, la peste. Es de advertir, sin embargo, que todo ello se da en una época en que sobrevivían y sobrevivirían por mucho tiempo acentuadas supersticiones, entre ellas, la astrología; no mucho después, registraría la historia sangrientas aberraciones como la Inquisición, las quemaduras de brujas y tantas otras.

El gran aporte de Boccaccio es que, en medio de aquel enfoque de la epidemia, su mirada se proyecta sobre su época en la concreción de una visión diferente: humanista y, a la par, realista. Objetiva e irónica. Abandona el paradigma dominante de la Edad Media en la que todo –el arte, la política, la cotidianidad– giraba en torno a un más allá de la vida, por sobre lo humano y en la órbita de la divinidad. Boccaccio, fiel intérprete de su época, vuelve los ojos al ser humano con sus heroísmos y debilidades y como medida de todas las cosas. En «El Decamerón» está ya presente el Renacimiento y lo que luego sobrevendrá en el transcurso de la modernidad. En la visión de Boccaccio, el gran crítico italiano Francesco de Sanctis, al analizar algunos de los cuentos de esta obra, donde se satiriza a los clérigos y sus peripecias y vicios secretos, encuentra que la Edad Media no solo ha sido negada, *sino tomada en broma*.

A partir de entonces, el hombre deberá buscar por sí mismo, mediante la razón, las causas de los fenómenos, alejándose de la sola apelación a lo trascendente e inexplicable. Y, aunque solo a principios del siglo XX se sabrá de las verdaderas causas de la peste negra –la bacteria traspasada al ser humano por las ratas y pulgas que llegaron en las bodegas de los buques genoveses–, es indudable que los progresos de la ciencia y las nuevas visiones en el pensamiento y en la creatividad humana, han venido modelando una realidad diferente.

Y, no obstante, pese a todo ello, las similitudes persisten, porque el ser humano sigue siendo fundamentalmente el mismo. Y, como se ha visto, ese mismo desarrollo científico y técnico que ha modelado la actual era de la globalización, puede

generar, con una velocidad mayor, la expansión de una pandemia de caracteres universales, como la que hemos visto al iniciarse la tercera década del siglo XXI. Algo no ha cambiado entonces desde aquellos años de mediados del siglo catorce. Es cierto: se transformó la visión del mundo, se abrieron nuevos canales para el desarrollo de la ciencia y el conocimiento de la realidad en toda su diversidad; poco a poco la razón y el humanismo fueron abriéndose paso hasta crear una época donde los derechos humanos y la conciencia de que debemos preservar el medio ambiente han hecho carne en una buena parte de la humanidad. Pero persisten deformidades como la guerra, la opresión, los crímenes de lesa humanidad y otros tantos males. El ser humano sigue siendo el mismo. La pandemia que hemos sufrido lo prueba, si atendemos a cuanto lo caracteriza: su génesis, los comportamientos, la sensación de lo inexplicable, el miedo, la indefensión ante la muerte.

En los inicios de la pandemia del Covid-19 y durante su primigenio desarrollo y violenta expansión, muchos pensaban que todo lo anterior a la pandemia, lo que hemos denominado la sociedad del espectáculo, el capitalismo salvaje, la tentación del autoritarismo y el totalitarismo, la depredación del medio ambiente, todo ello podría volver con virulencia cuando se superara el flagelo, tal como sucedió al desaparecer la peste negra medieval. Aquellos pesimistas no parecieron equivocarse. Aún en plena vigencia la epidemia, estalló la guerra provocada por Rusia contra Ucrania, un episodio que ha agudizado exponencialmente las secuelas del Covid, dislocando las relaciones internacionales, tanto políticas y económicas, y resucitando con mayor virulencia los fantasmas del

desequilibrio económico mundial, el hambre –perceptible como nunca antes en regiones como el África subsahariana– y otros males conexos, entre ellos, no el menor, el chantaje de una conflagración nuclear, igual que en los peores tiempos de la Guerra Fría, cuando regía sobre el mundo lo que llamábamos «el equilibrio del terror».

El hombre, hay que repetirlo, sigue y seguirá siendo el mismo. En él radica la razón de su propia tragedia, aunque también, paradójicamente, sea, él, dada su complejidad, su mayor riqueza, su reserva de cambio, su mejor patrimonio, puesto que allí, precisamente en el ser humano, radica la posibilidad de superar las secuelas de la catástrofe y promover una nueva época.

El hombre, hay que repetirlo, sigue y seguirá siendo el mismo. En él radica la razón de su propia tragedia, aunque también, paradójicamente, sea, él, dada su complejidad, su mayor riqueza, su reserva de cambio, su mejor patrimonio, puesto que allí, precisamente en el ser humano, radica la posibilidad de superar las secuelas de la catástrofe y promover una nueva época.

Por el momento, sin embargo, en este interregno que vivimos, más parece acentuarse una distopía, prevista inclusive en algunas de las novelas de anticipación más pesimistas: una pandemia de dimensiones globales que todavía no ha terminado y en su marco la emergencia de otros flagelos no menos letales. Junto a lo ya señalado, el genocidio en Ucrania y los

otros: el crimen transnacional organizado, la pobreza, el hambre, las desesperadas migraciones de dimensiones bíblicas en América y en el Mediterráneo.

Todo ello en una encrucijada histórica en que los adelantos tecnológicos, en especial en el área de las comunicaciones, imponen en el ser humano de hoy la impresión, ya no de poder ponerse en contacto simultáneo con cualquier área del planeta, sino otra más radical: la percepción de que la aldea global se ha estrechado tanto que nos es dable la sensación de estar en una misma habitación, un espacio de contacto no sé si humano o inhumano: apelamos al WhatsApp, por ejemplo, e instantáneamente podemos entrar en absoluta contigüidad, en imagen y en habla, con alguien situado a miles de kilómetros. De ese modo, también las tragedias, incluso aquellas ocurridas al otro lado del mundo, nos alcanzan y laceran, si bien, a la vez, su cotidiana ocurrencia puede incidir en la indiferencia, en un estadio de anormalidad normal, como Franz Kafka prefiguraba ya o intuía en sus prodigiosas pesadillas.

Esto y otros síntomas más, afines o no, parecen hablarnos de que estamos entrando, o quizá que nos hallamos inmersos ya en el proceso indetenible de una nueva época histórica. El hombre del Renacimiento no sabía que estaba viviendo el principio de una nueva etapa histórica. El ciudadano romano de fines del siglo IV y principios del V no tenía idea de que su vida transcurría en medio de la crisis y colapso del Imperio. Siempre fue así.

¿Nos encontramos en el límite de un nuevo interregno, en el sentido proclamado por Arnold Toynbee, el gran historiador inglés, estudioso profundo del devenir, origen y

colapso de las civilizaciones? Extrapolando a nuestra realidad andina, ¿estamos en el principio de un nuevo *Pachacutic*, aquella faceta del pensamiento incaico precolombino, tan similar a la teoría de Toynbee, de que el proceso histórico humano se transforma cada quinientos años?

Sea de ello lo que fuere, es responsabilidad de los líderes de opinión y de quienes pueden reflexionar sobre el proceso histórico que vivimos repensar desapasionadamente, objetivamente la situación, reparando en aquellos indicios que de cualquier modo empiezan o deben empezar a producirse. Es inevitable: la pandemia y la guerra en Europa han puesto en evidencia lo peor y mejor del hombre, y, en consecuencia, allí radica sin duda la intelección del camino, el reconocimiento de lo que puede suceder y, por tanto, la posibilidad de poner en juego políticas e ideas que puedan llevarnos a un mundo más humano, previsible y seguro.

El desafío que ello plantea es complejo, pero no por ello imposible de enfrentarse con éxito. La propia historia nos aporta ejemplos de episodios en los que finalmente triunfó la razón, aunque luego, una y otra vez, sobrevinieran etapas contrarias, adversas, como en un eterno retorno del mal.

La pandemia desnudó las inaceptables desigualdades de la sociedad. Unos pudieron, como los jóvenes protagonistas de «El Decamerón», resguardarse del peligro en sus ostentosos y, si no de lujo, al menos seguros refugios. Otros, los más, en especial en los países del mundo en desarrollo, estuvieron expuestos sin atenuantes al contagio. Esta verdad ya la sabíamos, pero su comparecencia inexcusable, visual, su absoluta evidencia, debería sin duda ejercer un efecto catártico en la reconducción

de la política. Debería, pero ya se conoce también que el ser humano es un ente escindido: mitad ángel, mitad demonio. Diríamos también: mitad razonable, mitad idiota o siniestro.

Igual debería suceder en lo que se refiere al cuidado del planeta, nuestra única morada. Desde los primeros días de la cuarentena, fue dable asistir a una suerte de resurrección de la naturaleza: las plantas desusadamente verdes, el cielo límpido, animales del bosque penetrando en el laberinto de las ciudades. Habría parecido que la naturaleza, replegada la raza humana —esa lacra— en sus habitáculos, renacía. Muchos pensaron que la pandemia era al mismo tiempo una advertencia, y es cierto.

En el plano político, no se ha dejado de reflexionar si para combatir un flagelo como el coronavirus resulte más efectivo un régimen totalitario, capaz de organizar por la fuerza y por el carácter propio del sistema, la obediencia ciudadana —el aislamiento, el distanciamiento, el encierro—, o, por lo contrario, la democracia —en la versión que heredamos de la Grecia clásica o de Montesquieu—. Ello, porque bajo la democracia no solo que es más difícil lograr esos objetivos —la obediencia civil—, sino que suele surgir en contrapartida la idea de que un ser libre como el hombre tiene derecho a escoger, él solo, si se cuida o no, si se repliega o enfrenta la muerte, según su libre albedrío. Una premisa tal es falsa. Evidentemente, nada justifica la aparición o persistencia de un régimen opresivo, aunque fuese eficaz en su lucha contra la epidemia. Lo racional, hablando de la democracia, es aquello que expresó ya, hoy hace casi doscientos años, Benito Juárez: *El respeto al derecho ajeno es la paz*. En la democracia, el libre albedrío termina

cuando está de por medio el derecho del otro y, más aún, el de todos. La democracia entonces tiene la obligación de precautelar los derechos fundamentales de todos y, en primer lugar, el de la vida, aún apelando a lo coercitivo. Como se dijo más arriba: el ser humano es mitad ángel, mitad demonio. A veces, será necesario reprimir al demonio. Como tampoco podremos confiar todo en el ángel y fracasar, como ha sucedido en las sociedades coercitivas, autoritarias o totalitarias donde, buscando por decreto el paraíso, no se ha llegado más que al infierno o al purgatorio.

Relean, si quieren, el profundo sentido de lo que soñó Iván Karamasov en la pesadilla de «El Gran Inquisidor», aquel episodio espantoso en que los hombres claman porque les quitaran la libertad, siempre que les dieran pan. La humanidad deberá enfrentarse siempre, una y otra vez, a esta terrible tentación y a otras, tan execrables como esa.

En los inicios de la pandemia, intuíamos con pesimismo que si la misma fuera finalmente derrotada o puesta en repliegue, con seguridad contemplaríamos el regreso, acaso con especial virulencia, de lo más execrable del pasado reciente: el consumo desenfrenado, la desigualdad, la represión, la demagogia, el cinismo. Y también lo más inhumano, guerras insensatas como lo es, en grado sumo, la desencadenada por Rusia, Putin y sus asesores mesiánicos en Ucrania. Pero pensábamos también que acaso pudiera ser factible que, en contrapartida, subterráneamente, fuera cobrando fuerza una suerte de nuevo humanismo, una edad diferente y más adecuada al ser humano, en su integridad. Ojalá una línea de pensamiento tal se hubiera impuesto en los años inmediatamente posteriores

al colapso de la Unión Soviética. Quizás en aquella oportunidad histórica hubiese sido posible que, eliminado el enemigo secular, Occidente hubiese abandonado sus esquemas militaristas, promoviendo la incorporación de la nueva Rusia a la gran casa europea. De cualquier modo, y aún por sobre las calamidades que deja y dejará esta guerra, siempre será posible encontrar una ruta hacia la convivencia civilizada. Quizás en la perspectiva de superar para siempre el militarismo de la OTAN y el mesianismo ruso, uno y otro adolecidos del síndrome de la expansión, de la desconfianza, de la sospecha. El Ecuador, miembro al momento del Consejo de Seguridad, puede ser parte de esa posibilidad histórica.

Si un nuevo humanismo como el que hemos señalado no fuese posible, estaríamos entonces inmersos, lo repetimos, en una oscura distopía: inhumana, cruel, inequitativa, contraria a la razón y la vida. De algún modo, lo que hemos vivido en el curso de los dos últimos dos años ha sido eso precisamente: una distopía. Algo que habíamos visto ya, sin creerlo, en ciertas obras literarias y cinematográficas anunciadoras del mal. Frente a ello, el antídoto que nos queda es el advenimiento de una política distinta: humanista, libertaria, racional, equitativa, no excluyente, no inicua.

Hace quinientos años un pensador florentino, Maquiavelo, tan realista como Boccaccio, postuló que la política debía ser ante todo objetiva, tomando en cuenta las posibilidades, tanto históricas, cuanto las propias del ser humano, siempre en orden a lograr un ideal superior. Tal política debe guiar, necesariamente, el tratamiento de los hechos, precautelando lo alcanzado en los últimos siglos, lo cual no es poco.